

El papel de la “limpieza social” en la incursión, persistencia y legitimación de organizaciones paramilitares en Bogotá.

Alexander Díaz Díaz
a.diaz17@uniandes.edu.co
Universidad de los Andes (Colombia)

Trabajo preparado para su presentación en el VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política (ALACIP). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 22 al 24 de Julio de 2015.

El papel de la “limpieza social” en la incursión, persistencia y legitimación de organizaciones paramilitares en Bogotá.

Alexander Díaz Díaz
Universidad de los Andes (Colombia)

Resumen

Entender las lógicas de tipo político y económico de la llamada “limpieza social” y como se ha servido de esta práctica los grupos armados, legales e ilegales para la entrada, consolidación y legitimación de su accionar en territorios urbanos. Los argumentos esgrimidos para la realización de este tipo de violencia, en su mayoría de tipo económico y de seguridad, muestran una importante acogida en algunos sectores de la sociedad colombiana de un discurso de toma de justicia por manos propias, sobre el cuál se van levantando violencias más organizadas y/o políticas.

Introducción

El estudio del paramilitarismo en Colombia se ha enfocado en las experiencias rurales y en sus dinámicas como actor productor de violencia. Pese a las relaciones que este fenómeno ha tenido con los ámbitos urbanos, se lo ha visto como una problemática preponderantemente rural. De igual forma, las explicaciones del fenómeno se han centrado en las implicaciones del ejercicio de la violencia. Como consecuencia, se han presentado dificultades para explicar la persistencia y expansión de este fenómeno en la realidad colombiana. Ni la existencia de la insurgencia y el conflicto armado, ni la existencia de una economía ilegal en expansión por los recursos del narcotráfico, ni el dominio gamonalista que caracteriza el ejercicio de la política en el país pueden explicar por sí solos la persistencia del paramilitarismo en Colombia. En este sentido, es válido académicamente preguntarse ¿qué explica la expansión y persistencia del fenómeno paramilitar? Y ¿qué relación tiene con discursos y prácticas de toma de justicia por manos propias?

Este trabajo pretende ofrecer nuevos elementos para responder estos interrogantes. Para tal efecto toma como objeto de estudio la incursión de organizaciones paramilitares en Bogotá. Esto por dos razones: Primero, porque al tomar la capital de la República pretende identificar dinámicas asociadas al fenómeno paramilitar no necesariamente reducidas a su accionar violento, como las que priman en otros lugares donde este tipo de organizaciones hacen presencia desplegando al máximo el ejercicio de la violencia. Segundo, porque permite observar las dinámicas en que se fundamenta la incursión y expansión del paramilitarismo, la manera como el desarrollo de este fenómeno se alimenta de elementos de la realidad preexistentes.

Se plantea que más allá de su accionar violento el fenómeno del paramilitarismo se alimenta - instrumentaliza, aprovecha- una serie de elementos presentes en la realidad social para hacer factible su expansión y persistencia en el tiempo. Es así como en su intento por conseguir el dominio territorial y poblacional, genera una serie de prácticas, en donde se adjudica un grado de

autoridad, para la pacificación y el orden social. Entre ellas la llamada “limpieza social” o “control social”, que es un aspecto necesario para la consecución de ese dominio, basado en la imposición o en la legitimación forzada. Entender las lógicas, de tipo político y económico, detrás de este tipo de fenómeno y como se ha servido de esta los paramilitares para la entrada, consolidación y legitimación de su accionar en Bogotá es fundamental. Los argumentos esgrimidos para la “limpieza social”, en su mayoría de tipo económico y de seguridad, y que muestran una importante acogida entre algunos sectores de la sociedad colombiana, hablaría de un discurso de toma de justicia por manos propias, sobre el cuál se levantan violencias más organizadas y/o políticas.

Para desarrollar este argumento el trabajo parte de revisar las conceptualizaciones sobre paramilitarismo en Colombia señalando sus límites para explicar la expansión y persistencia del fenómeno; enseguida identifica someramente los elementos de la realidad social que aunque preexisten a la incursión del paramilitarismo en la ciudad contribuyen con su reproducción; para luego explicar el papel de la limpieza social y su relación con la incursión, persistencia y legitimación del paramilitarismo en Bogotá.

Concepciones sobre paramilitarismo en el caso colombiano

El paramilitarismo no se reduce a la formación de ejércitos irregulares como los que se han conocido en Colombia con el caso de las AUC. La literatura especializada en el tema (Kalyvas y Arjona, 2005; Cano, 2001) acude al término “paramilitarismo” para designar una diversidad de fenómenos entre los que pueden destacarse los escuadrones de la muerte, el vigilantismo y las rondas campesinas, entre otros. En el caso colombiano el fenómeno del paramilitarismo ha tomado muchas de estas formas, que se presentan también en la actualidad, a menudo con vínculos orgánicos entre si. Esta situación ha servido como terreno fértil para la conceptualización del fenómeno, planteando al mismo tiempo una serie de problemas en relación con la especificidad y la capacidad analítica del término.

Es posible distinguir por lo menos tres orientaciones en cuanto a las conceptualizaciones de este fenómeno: el paramilitarismo como *instrumento*, como *actor* y como *fenómeno sociopolítico*:

A) La mayor parte de la literatura se ha centrado en el carácter instrumental del paramilitarismo. Aquí se ubican quienes lo conciben como un instrumento de contrainsurgencia estatal o de guerra sucia, en connivencia con sectores de la criminalidad organizada, particularmente del narcotráfico¹.

¹ Para Medina Gallego (1990: 17) los paramilitares “son formas parainstitucionales de violencia, promovidas, organizadas y protegidas por los mismos organismos del Estado y financiados por los gremios económicos”. Sin embargo, establece una distinción entre el paramilitarismo y el narcoparamilitarismo para dar cuenta del devenir del fenómeno en los ochenta: “El fin con el que fueron creados los grupos paramilitares ha sufrido una desviación que comienza a causarle más daño al Estado y a la sociedad que el “beneficio” que le produce. El fenómeno ha sido usurpado por el narcotráfico, y le ha dado una orientación distinta. Es importante, hacer claridad entonces, entre un paramilitarismo de carácter estructural, articulado a la Doctrina de Seguridad Nacional y cuya expresión ha dado en denominarse “Guerra Sucia” y un narcoparamilitarismo, cuya finalidad no es el anticomunismo, que sólo se constituye en un pretexto, para desalojar, asesinar

B) Otras perspectivas han conceptualizado el paramilitarismo considerándolo como un “actor”. En este caso, los grupos u organizaciones paramilitares son concebidos como “irregulares de Estado”², para hacer énfasis en su ambigüedad en relación con el Estado; como “empresarios de la coerción”³, para resaltar sus fines políticos a pesar de sus fines económicos; o incluso, como actor autónomo del Estado⁴.

C) Una tercera perspectiva hace énfasis en el carácter difuso o “complejo” del paramilitarismo en Colombia (Garzón, 2005). En esta línea el paramilitarismo se concibe como un fenómeno donde convergen diversos actores e intereses, bien sea desde una lógica de organización mafiosa en forma de red que luego de fortalecerse en el campo pretende infiltrar las instituciones de gobierno de las ciudades para regular transacciones ilegales⁵, o bien como una lógica que envuelve la sociedad alrededor de la complicidad de sectores significativos de la sociedad en un propósito contrainsurgente⁶.

y justificar todo tipo de acción que desarrolle la industria del narcotráfico, incrementando su producción y ganancias y le de mayor seguridad a sus inversiones” (Medina, 1990: 253). Esta senda es seguida, con algunos matices por: Palacio y Rojas, 1990; Uprimny y Vargas, 1990; Medina y Tellez, 1994.

² Fernando Cubides definía los grupos paramilitares como “irregulares de Estado”: “Organizaciones extralegales que han tomado la ley en sus propias manos y en su lucha contra la guerrilla, replicando paso a paso sus métodos, toman como blanco preferencial las redes de apoyo, los auxiliadores o simpatizantes, en aquellas regiones donde la guerrilla se ha implantado en forma reciente, comenzando por aquellas en donde lo abrupto de su implantación ha producido reacciones crecientes” (Cubides, 1998: 70-71)

³ Para Mauricio Romero (2003: 17), el concepto de empresario de la coerción “hace referencia al individuo especializado en administración, despliegue y uso de la violencia organizada, la cual ofrece como mercancía a cambio de dinero u otro tipo de valores... Esto no quiere decir que la ganancia económica sea el fin de estos portadores de violencia organizada... Esa ganancia es, más bien, un medio para unos objetivos más amplios. En el caso de los paramilitares y las autodefensas en Colombia, esos objetivos han sido la restauración y en algunos casos una nueva definición de regímenes políticos locales y regionales amenazados por las políticas de paz del gobierno central”.

⁴ Tron Ljodal (2002: 301) define el concepto de lo paramilitar de la siguiente manera: “Por paramilitar se entiende cualquier grupo u organización armada de carácter irregular que aparece al margen del Estado, pero no opuesto a él, que reivindica un derecho privado a defender alguna definición del statu quo, pero con un mínimo de autonomía e independencia frente al Estado... Además de ser obligatoria la existencia del Estado, también supone la existencia de una oposición armada al Estado (regular o irregular) o una situación de amenaza al statu quo que dicen defender estos grupos. De esa manera el paramilitarismo se constituye en un fenómeno de violencia distinto tanto de lo estatal como de lo contraestatal y con la potencialidad de convertirse en un tercer actor político y militar independiente en el marco de un conflicto armado interno”.

⁵ Ver Duncan, 2005, 2006.

⁶ Vilma Franco propone los conceptos de “complejo contrainsurgente” y “mercenarismo corporativo” para analizar el paramilitarismo desde una perspectiva no estado- céntrica, sino centrada en las relaciones sociales. El primero surge como respuesta a situaciones de amenaza al orden político estatal de carácter secesionista e insurgente y su carácter complejo implica que

Límites y potencialidades en la explicación del fenómeno

Si el paramilitarismo se conceptualiza como un instrumento de violencia ilegal al servicio del Estado, se pierden de vista dinámicas importantes en las que la violencia ejercida por grupos u organizaciones paramilitares es contraria a los intereses del Estado o de sectores del mismo. Por ejemplo, cuando las organizaciones paramilitares establecen alianzas con el crimen organizado. Sin embargo, no se puede descartar del todo la perspectiva instrumental del paramilitarismo en tanto que las relaciones de las organizaciones paramilitares no se reducen a la dicotomía subordinación/autonomía (Gutiérrez y Barón, 2006). Estas relaciones varían de acuerdo a contextos específicos y de acuerdo a los sectores del Estado que se ven involucrados. En algunos contextos el Estado alienta la formación de organizaciones paramilitares⁷, mientras en otros casos las organizaciones paramilitares tienen otras motivaciones de origen, tales como la provisión de seguridad o la participación en actividades económicas ilegales, entre otros.

Tampoco es posible desligar por completo las organizaciones paramilitares de las orientaciones del Estado afirmando que estas han cuestionado el “monopolio legítimo de la violencia” (Rangel, 2005). Entre otras razones, porque como lo muestra Franco (2002), en muchas ocasiones las organizaciones paramilitares actúan como una “descentralización” en el ejercicio de la violencia o un “contrato por servicios” que termina por garantizar el orden y las relaciones de dominación en las que se sustenta el Estado. Además, las relaciones entre el paramilitarismo y el Estado no deben reducirse al vínculo orgánico, sino que pueden establecerse a nivel de la defensa de intereses comunes, o por lo menos a largo plazo comunes, como el sostenimiento de la dominación de una clase hegemónica o de un orden establecido determinado.

Por otra parte, si se asumen acríticamente las conceptualizaciones del paramilitarismo como fenómeno sociopolítico se corre el riesgo de perder de vista su especificidad y la capacidad analítica del término. Como lo han advertido las perspectivas que asumen esa conceptualización,

involucra más dimensiones además de la militar. En su formulación participan además de actores estatales, grupos de interés y elite política, y además de la integridad institucional busca preservar la continuidad del poder político y la preservación de la hegemonía. El mercenarismo corporativo es el componente militar del complejo contrainsurgente y se distingue del paramilitarismo porque no depende exclusivamente del aparato estatal, comprende la participación de sectores corporativos privados, por lo que además de la preservación del poder estatal asume el resguardo de actividades económicas legales e ilegales. El complejo contrainsurgente tiene más dimensiones además de la militar en el ámbito de la legalidad, tales como las medidas de excepción y las acciones comunicacionales destinadas a mantener la legitimidad, que permean la sociedad con prácticas y valores como el militarismo y la propaganda contrainsurgente entre otros. Su reproducción depende, más que de la existencia de la insurgencia, de la complicidad de sectores significativos de la sociedad, que perciben amenazado el orden social y comparten un mismo enemigo con el mercenario. Ver Franco, 2002.

⁷ Al revisar las trayectorias de los jefes paramilitares recién desmovilizados, ha quedado claro que muchos de ellos provenían de la iniciativa estatal de crear Cooperativas de Vigilancia y Seguridad Rural “Convivir”. Salvatore Mancuso formó en 1995 una convivir en Montería que se denominó “Horizonte”.

en el caso colombiano las organizaciones paramilitares se han mezclado confusamente con organizaciones mafiosas y narcotraficantes, hasta tal punto que resulta casi imposible tratar de develar sus intereses (participación política, acumulación ilegal, lucha contrainsurgente, etc.). No obstante, si a estos fenómenos de violencia relacionados con formas de acción mafiosa se les designa como paramilitarismo, este último término pierde la capacidad explicativa que tendría si se asumieran cualquiera de los dos primeros enfoques.

En suma, se requiere un concepto de paramilitarismo que conserve su capacidad explicativa, pero que al mismo tiempo pueda utilizarse en el análisis de las dinámicas contemporáneas del fenómeno, caracterizadas por su mezcla con el crimen organizado, el narcotráfico y con formas de acción mafiosas, sin confundirlo analíticamente con ellas. En este sentido, para los fines de este trabajo se puede definir operativamente el fenómeno del paramilitarismo como un *ejercicio de violencia organizada de origen privado que refuerza la coerción ejercida por el Estado*⁸. Tal definición plantea una relación necesaria entre la violencia paramilitar y el mantenimiento de la dominación y el orden en el que se sustenta el Estado, sin reducirlo necesariamente a instrumento de coerción al servicio o bajo la orientación del Estado.

Finalmente, estas tres formas de conceptualizar el paramilitarismo se han centrado en los fenómenos de ejercicio de la violencia, en las tácticas, estrategias y modos de organización para el ejercicio de la violencia. El problema de la expansión geográfica y de la persistencia en el tiempo de estas organizaciones se ha explicado en función de ese ejercicio de la violencia, ya sea para salvaguardar intereses económicos, por ejemplo la expansión a zonas cocaleras, o políticos, como el desplazamiento de frentes guerrilleros. Sin embargo, hay un conjunto de elementos que explican la expansión y persistencia de estas organizaciones más allá del ejercicio de la violencia.

Vilma Franco (2002) llama la atención sobre ese conjunto de elementos. En su perspectiva la existencia de la insurgencia es un factor necesario pero no suficiente para la existencia y la reproducción de las organizaciones paramilitares, o como ella las denomina del “mercenarismo corporativo”. La expansión y persistencia del paramilitarismo involucra otros elementos además de lo militar, es decir, del ejercicio de la violencia estrictamente. En su lectura involucra elementos legales que contribuyen abierta o soterradamente con la reproducción del fenómeno,

⁸ Kalyvas y Arjona (2005) Definen los paramilitares como “grupos armados que están directa o indirectamente con el Estado y sus agentes locales, conformados por el Estado o tolerados por este, pero que se encuentran por fuera de su estructura formal”. La composición y el tamaño de las organizaciones paramilitares varían según la interacción de las variables de tamaño y territorio; la formación de grupos paramilitares está asociada a los procesos de construcción del Estado según las características de la amenaza que enfrenta el Estado y los recursos con que cuenta para enfrentarlas, ello les permite distinguir entre vigilantes, escuadrones de la muerte, milicias de autodefensa local o guardianes y ejércitos paramilitares que surgen para salvaguardar el monopolio de la fuerza estatal a través de una lógica de *outsourcing*. En la misma línea, Ignacio Cano (2001) argumenta que la diferencia entre ejército, policía, paramilitares y escuadrones de la muerte radica en su grado de formalidad, en tanto que todos están asociados al Estado o a los grupos sociales dominantes. Ejército y policía son fuerzas regulares encargadas de la salvaguarda de la soberanía y el orden interno respectivamente. Paramilitares y escuadrones de la muerte son irregulares y pueden ser distinguidos entre si por su grado de formalidad.

como las medidas de excepción, pero también elementos culturales, como las acciones comunicacionales destinadas a legitimar prácticas de violencia, la explotación en beneficio de esa legitimación de valores y prácticas como el militarismo, el armamentismo, la propaganda contrainsurgente, las percepciones de inseguridad, miedo y amenaza al orden social, entre otros.

En síntesis, la reproducción social del fenómeno paramilitar no se explica únicamente por el ejercicio de la violencia, sino también por el impacto simbólico de esa violencia y la legitimidad que consiguen este tipo de prácticas. Las organizaciones paramilitares consiguen su expansión geográfica y su persistencia en el tiempo por la vía del miedo y la legitimación tácita (muchas veces conseguida por la fuerza) o explícita de las poblaciones donde se asientan. En este sentido, se puede afirmar que la expansión y persistencia del paramilitarismo se inserta necesariamente en los procesos de producción de prácticas y discursos de toma de justicia por manos propias.

Elementos que contribuyen a la incursión y reproducción del paramilitarismo en la ciudad

Son ese conjunto de elementos que aseguran la reproducción del fenómeno del paramilitarismo más allá del ejercicio de la coerción, lo que se hace necesario identificar para comprender la manera como este fenómeno se levanta en un discurso de toma de justicia por manos propias, que parece no discriminar entre lo rural y lo urbano. Estos elementos pueden ser preexistentes o producirse como consecuencia de la incursión del fenómeno paramilitar en un ámbito social determinado. En el caso de Bogotá se intentará identificar los elementos preexistentes en que se apoya la *incursión, consolidación y legitimación* de las organizaciones paramilitares, así como los que se producen, intencionalmente o no, como consecuencia de su accionar. Es importante señalar que ninguno de estos elementos explica ni pretende erigirse como explicativo del surgimiento del fenómeno paramilitar. Mucho menos en el caso bogotano, donde de lo que se trata es de la incursión de este fenómeno. Es decir, el fenómeno no se originó en la Ciudad, se trasladó de otras zonas del país a la capital.

Son elementos diversos, sociales, culturales o económicos que se mezclan con un sentido determinado en el desarrollo del paramilitarismo (intereses económicos y políticos, impactos simbólicos de la violencia, culturas políticas autoritarias -militaristas, armamentistas, contra o antiinsurgentes-, criminalidad, violencia cotidiana, etc.), asegurando en últimas la legitimación abierta o soterrada (forzada) por parte de la población y su reproducción y persistencia en el tiempo.

En las zonas de la Capital donde las organizaciones paramilitares hacen presencia⁹ subsisten una serie de fenómenos y de problemáticas sociales que en cierta forma “facilitan” la incursión del paramilitarismo y su posterior reproducción. Algunas porque indirectamente potencian el

⁹ Como se detalla más adelante, en Bogotá hicieron presencia el Frente Capital al mando de Miguel Arroyabe –jefe del Bloque Centauros–, compuesto por cerca de 400 hombres, en Restrepo, Kennedy, Puente Aranda, Ferias, 7 de agosto, Bosa y Cazucá por una parte, y el Bloque República con 120 hombres al mando de Martín Llanos –jefe de las ACC– que opera en Suba, Los Mártires, Germania y Usme. En principio las estructuras paramilitares se ubicaron en zonas suburbanas y marginales, para desde allí desplegar su accionar delictivo hacia zonas comerciales e industriales.

accionar paramilitar, otras porque son instrumentalizadas o aprovechadas por estas organizaciones para llevar a cabo sus fines. Para explicar la incursión de las organizaciones paramilitares en Bogotá es necesario identificar los elementos institucionales, sociales, económicos y culturales que aunque preexisten a la instalación de estas organizaciones en la ciudad, llegan a potenciar su accionar imbricándose de múltiples maneras. Las problemáticas de violencia urbana cobran preponderancia en cuanto alimentan de diversas formas la violencia paramilitar, pero no son las únicas. Hay una serie de elementos de orden económico, institucional y cultural que se ven envueltos también en el desarrollo de este fenómeno en la ciudad.

Las zonas donde hace presencia el paramilitarismo en Bogotá, son preponderantemente marginales y suburbanas, caracterizadas por procesos de poblamiento al margen de la planeación urbana. Esta situación en gran parte es producto de situaciones de desplazamientos poblacionales del campo a la ciudad, consecuencia de la violencia o de la crisis económica, que caracteriza el poblamiento de la capital (AAVV, 1999). En estas zonas subsisten problemas de déficit de institucionalización del aparato estatal. La presencia del Estado es precaria incluso en cuanto a provisión de seguridad, y mayor en la provisión de otro tipo de servicios como el acceso a la justicia, educación, vivienda e incluso transporte. Si bien esta situación puede explicar en muchos casos los problemas de violencia urbana, no se puede perder de vista que simultáneamente ha generado el desarrollo de todo tipo de organizaciones autoidentificadas como “comunidad” (Perea, 2006) que buscan por medio de mecanismos autogestionarios satisfacer las necesidades que el Estado no les provee¹⁰.

Ambas situaciones son proclives a la incursión de las organizaciones paramilitares en la ciudad. La “debilidad del Estado”¹¹ no explica por completo la reproducción del paramilitarismo, pero

¹⁰ Por ejemplo Moreno (2000, 174), al estudiar el caso del barrio “Los Comuneros” señala que la “comunidad” desarrolló vías de autogestión en la solución de sus conflictos seguridad, justicia: “Las necesidades reales de los pobladores de los Comuneros, los han obligado a generar diferentes mecanismos para potenciar su autoorganización y garantizar su supervivencia. Es así que frente a amenazas concretas producen soluciones autogestionarias. En este marco existe una producción del Derecho Comunitario que se refleja en la creación de normas de convivencia y la existencia de instancias y procedimientos internos muy flexibles para solucionar sus conflictos, que se caracterizan por su incipientes y por lo tanto permeables a la jurisdicción oficial”

¹¹ Los estudios sobre el paramilitarismo en Colombia han enfatizado en la débil institucionalización o falta de presencia del Estado como uno de los factores que favorece el origen y la expansión de este fenómeno en diversas regiones del país. Este planteamiento ha sido defendido profusamente por los investigadores del CINEP. Ver González, Bolívar y Vázquez, 2002: 59-75 y Torres, 2004. No obstante, no puede desconocerse el papel activo del Estado en el desarrollo del paramilitarismo en otros casos. Por ello es necesario analizar la situación del Estado en contextos concretos, donde sus posiciones pueden tornarse ambiguas. Por otro lado, el argumento de la “debilidad del Estado” se fundamenta en una noción monolítica del Estado reduciendo esta condición a la pérdida o carencia del monopolio de la violencia legítima; no obstante, esa “debilidad” puede hacer referencia a otro conjunto de situaciones como desarticulación administrativa, corrupción o crisis de legitimidad, que pueden producirse en sectores o ramas del Estado que es necesario especificar en el análisis. Por tanto, aunque se

en ciertos contextos puede favorecer, por acción u omisión de las autoridades públicas, el establecimiento de las organizaciones paramilitares. El Estado ha promovido en muchos casos prácticas de violencia paramilitar como la llamada “limpieza social” (Salazar, 2002). Por otro lado, los paramilitares tratan de cooptar por diversas formas las organizaciones comunales y comunitarias una vez que se han establecido, sobre todo allí donde la violencia juega un papel preponderante en la regulación de las relaciones sociales¹². Por lo tanto, ambas situaciones, la “debilidad del Estado” y el nivel organizativo de la sociedad civil pueden ser aprovechados por las organizaciones paramilitares cuando intentan incursionar en la ciudad. Sin embargo, las articulaciones con uno u otro dependen de factores contextuales concretos, principalmente del papel que juegan la violencia y los mecanismos coercitivos en la regulación de las relaciones sociales y en las formas de participación política.

De otra parte, en las zonas donde se asienta el paramilitarismo en la ciudad, desde donde dirige sus operaciones, se caracterizan por problemas de violencia urbana como la delincuencia común, la delincuencia organizada y el pandillismo¹³. Estas problemáticas de violencia se relacionan con problemas de tipo socioeconómico como el desempleo, la pobreza, la exclusión y la falta de oportunidades para la población joven, pero también con cuestiones de tipo cultural, como el debilitamiento de los vínculos sociales, familiares y el recurso a la violencia en la regulación de las relaciones sociales (Sánchez, 2004, 31).

Estos problemas de violencia también confluyen en la reproducción del fenómeno del paramilitarismo en la ciudad en la medida en que, como ha sido ampliamente documentado en el caso colombiano, uno de los elementos más eficaces en la expansión y reproducción de este fenómeno es la articulación con todo tipo de economías ilegales¹⁴, reguladas

recurra a esta terminología para dar cuenta de ese vasto conjunto de situaciones, reconocemos que la afirmación “debilidad del Estado” es muy poco útil en términos analíticos.

¹² Como se muestra más adelante, las organizaciones paramilitares acuden a la violencia para tratar de cooptar las organizaciones sociales donde estas tienen arraigo, o en otros casos ofrecen sus servicios de “seguridad”, o subordinan las empresas comunitarias existente, con el fin de ganarse el favor de estas organizaciones.

¹³ Sánchez, 2004: 29, menciona las tres expresiones más relevantes de la violencia urbana en las últimas décadas del siglo XX: A principios de los noventa registra el impacto del narcoterrorismo y el vicariato en ciudades como Medellín y Cali ligado al accionar de los carteles del narcotráfico. Simultáneamente se produce la implantación de las “milicias populares” en comunidades barriales como Ciudad Bolívar en Bogotá, las Comunas Nororientales de Medellín, el Distrito de Aguablanca en Cali, e incluso en ciudades intermedias como Barrancabermeja ligadas en la mayoría de los casos al accionar de las guerrillas. También menciona entre las modalidades de violencia urbana que afectan las ciudades colombianas la denominada “limpieza social”. El estudio más completo sobre pandillas en Bogotá es el de Ramos, 2005.

¹⁴ Las dinámicas económicas del paramilitarismo en Colombia han sido estudiadas en un nivel “molar”, resaltando la apropiación territorial por parte de narcotraficantes (Reyes, 1997) y, más recientemente, sus vínculos con toda clase de negocios legales e ilegales (Richani, 2003; Medina, 2005). Sus dinámicas “moleculares”, en pueblos y ciudades sólo han empezado a estudiarse recientemente, cuando las grandes organizaciones paramilitares adoptan formas de

preponderantemente por medio de la violencia. Los grupos paramilitares que incursionan en la ciudad aprovechan estas problemáticas de violencia cooptando las redes de delincuencia común y organizada así como las pandillas juveniles¹⁵. También explotan las dificultades económicas de las poblaciones presentándose como una vía de ascenso social o simplemente como una forma de empleo.

Finalmente, en la ciudad, no sólo en las zonas donde se instalan las organizaciones paramilitares, subsisten imaginarios de miedo e inseguridad derivados de las prácticas y los efectos simbólicos de la violencia urbana (Blair, 2005: 86). La lucha por el dominio territorial entre las organizaciones delincuenciales, y la limpieza social que desarrollan paramilitares en algunas ocasiones en conjunto con sectores del Estado¹⁶, se desenvuelven en cierto grado en el terreno de lo simbólico, buscan generar un impacto indirecto en los ciudadanos que se constituyen en el público de este tipo de violencias. Hechos como el tratamiento de los cuerpos de las víctimas por parte de los victimarios (Blair, 2005: 48-55), las masacres, la limpieza social, los asesinatos selectivos, buscan propagar entre los ciudadanos el miedo y una sensación de desamparo e inseguridad.

En los sectores de clase media y alta se busca una separación de los otros sectores, y el miedo reina entorno a estos por su permanente contacto con la criminalidad. Medidas como los encierros de los conjuntos y viviendas, sumados a la acelerada participación de grupos de vigilancia, difunden aún más los imaginarios de inseguridad (Niño, 1998: 61-63). Esto se articula al fenómeno paramilitar en la medida que, al acrecentarse los miedos y los imaginarios sobre violencia contra los ciudadanos, algunos sectores perciben como necesarias medidas para mejorar la seguridad que son explotados de una u otra forma por las organizaciones paramilitares que incursionan en el ámbito urbano. Además, las organizaciones paramilitares acuden a formas de violencia con impacto simbólico que explotan los imaginarios de miedo preexistentes, tales como las amenazas públicas y la limpieza social entre otros. Desde las desapariciones de “vagos” o “delincuentes” en carros sospechosos que deambulan en los barrios populares de las ciudades, dejando sólo el rumor, hasta los rituales de la masacre con lista en mano en la plaza pública están destinados a conseguir dominación por la vía del miedo, a manera de escarmiento¹⁷.

Los elementos institucionales, sociales, económicos y culturales reseñados no operan como causas de la incursión del paramilitarismo en la ciudad. Son elementos que preexisten a la

acción y organización mafiosa penetrando en las ciudades y confundándose con el crimen organizado (Duncan, 2005,2006).

¹⁵ Ramos, 2005: 94, sostiene que las relaciones entre paramilitares y pandillas pueden resultar armónicas en zonas donde ambos se proponen desplazar células o milicias guerrilleras, pero resultan conflictivas donde no tienen un enemigo común, en tanto que se disputan el dominio territorial.

¹⁶ “Existe amplia evidencia de que en algunas regiones, autoridades con posición de mando en los niveles medios de dichas fuerzas, -hacen referencia a la Fuerzas Armadas y la Policía- participan o apoyan los asesinatos mediante ayuda logística y de inteligencia, asegurando la impunidad de los asesinos” (Americas Watch, 1989).

¹⁷ En este sentido, se puede comprender que la táctica favorita de las AUC en su “lucha contrainsurgente” haya sido la masacre contra lo que ellos consideraban bases civiles de la guerrilla, antes que los combates propiamente dichos. Ver Cubides, 1999.

llegada de los paramilitares pero que luego se insertan de diversas maneras al accionar paramilitar. Empero, la incursión del paramilitarismo en Bogotá también debe explicarse teniendo en cuenta el contexto nacional de conflicto armado y el devenir de las organizaciones paramilitares.

El papel de la limpieza social y su relación con la incursión y la persistencia del paramilitarismo en Bogotá.

Como se ha venido afirmando, hay una serie de elementos que preexisten a la incursión del paramilitarismo en Bogotá, pero que las organizaciones paramilitares re-actualizan para llevar a cabo sus fines. Los grupos de paramilitares que llegaron a Bogotá a finales del 2000 desde otras zonas del país recurrieron a la “limpieza social” como forma de conseguir su incursión en la ciudad. La “limpieza social” es un fenómeno fundamentalmente urbano, “se trata de un práctica sistemática de asesinato, con periodos de auge y disminución, dirigida contra un aspecto específico de personas que tienen en común su pertenencia a sectores sociales marginados” (Rojas, 1996: 23).

Esta modalidad de acción paramilitar se presenta en Colombia desde finales de los setentas, teniendo su periodo de mayor auge a lo largo de los ochenta y un descenso en la última década. En este periodo empieza a extenderse el hallazgo de personas asesinadas con las mismas características a lo largo de las principales ciudades de Colombia (Medellín, Cali, Bucaramanga, Bogotá, etc.) y la aparición de amenazas y de mensajes atribuyéndose este tipo de crímenes, en los cuales justificaban su accionar en ir en contra de los “indeseables” y “malandros”, en ser una lucha contra la delincuencia. Con el aumento del número de lo que pasó a denominarse “escuadrones de la muerte”, se fue ampliando el espectro de víctimas de “indigentes”, “jíbaros”, “gamines”, “ñeros” y personas con antecedentes penales de los primeros casos a abarcar personas que eran reconocidas como homosexuales, dementes y recogedores de papel. Frente a esta extensión del fenómeno (territorial, número de organizaciones y de víctimas) en los años siguientes “...fueron cada vez más escasas las manifestaciones de rechazo, así como los pronunciamientos y acciones para que cesara, llegándose incluso a una situación de creciente aceptación social” (Rojas, 1996: 22). En lo que a Bogotá se refiere este fenómeno hace su aparición en noviembre de 1980 con el hallazgo reiterado de cadáveres de persona (presuntos delincuentes) con las manos atadas y baleados en la cabeza en la vía al cerro de Guadalupe (salida al vecino municipio de Choachí) y en años posteriores de personas en similares circunstancias y características en el botadero de Doña Juana.

En Ciudad Bolívar y Cazucá proliferaron acciones de “limpieza social”¹⁸. Los promotores y ejecutores de esta modalidad de violencia tienen la intencionalidad de disciplinar, desplazar o confinar a sus víctimas so pena de muerte (Rojas, 1996: 23). De esta manera Altos de Cazucá se convirtió en objetivo de los grupos paramilitares en su avanzada hacia Bogotá y la periferia. “Para controlar la zona, estos grupos introdujeron hombres de su organización en la población local, crearon grupos de “limpieza social”, cometieron masacres y asesinatos selectivos (a líderes comunales y a quien se les opuso), reclutaron jóvenes, generaron para algunos habitantes un tipo particular de posibilidades económicas, amenazaron y provocaron desplazamientos, crearon una

¹⁸ "Acusaciones por Masacre" en El Tiempo, Octubre 17 de 2003

pretensión de seguridad a los habitantes del lugar, subordinaron a la delincuencia, controlaron a organizaciones sociales e instauraron códigos de convivencia” (Pinzón, 2007: 280).

En el primer caso, se trata a partir de un asesinato de ejemplificar lo que le puede suceder a un sujeto o grupo de sujetos si no modifica su comportamiento. Para conseguir el dominio territorial y poblacional en Bogotá los paramilitares recurrieron a este tipo de prácticas. Como comenta Pérez (2006: 365) “en algunas ocasiones se exhibieron cadáveres descuartizados en sitios de tránsito obligado de pobladores locales”. En el segundo, la amenaza busca desterrar de un determinado espacio a quien personifica determinados conceptos abstractos como la delincuencia, la drogadicción o la marginalidad; o finalmente, busca confinar a los portadores de dichas identidades a determinadas zonas, tal como en su época fue la famosa “Calle del Cartucho”. El dominio de los paramilitares en las localidades anteriormente referidas incluyó entre otras cosas desapariciones de líderes comunitarios¹⁹, las cuales acompañaban de amenazas de muerte hechas en público por grupos de encapuchados identificados como paramilitares, grafitis con declaraciones de objetivos militares a jóvenes “mariguaneros, sapos y guerrilleros” y asesinatos de líderes de organizaciones de desplazados. Estas acciones estaban subordinadas tanto al intento por conseguir la legitimidad de los pobladores al proveer “seguridad”, como a la violencia desplegada contra todo aquello que se interpusiera en su afán por conseguir el dominio territorial.

Como puede verse, estas dos fuentes se refuerzan y se actualizan una a la otra, llegando a constituirse una serie de prejuicios y estereotipos tanto de personas como de lugares: “estereotipar es definir a un ser reduciéndolo, es una forma de discriminar verbalmente” (Herzfeld, 1997). Esta forma de violencia refuerza los imaginarios de miedo e inseguridad en la capital en la medida en que los factores, sectores y niveles de miedo en Bogotá están directamente relacionados con las personas o lugares que se identifican con la delincuencia común, o con los que la gente cree son una potencial amenaza directa, cotidiana. Empero, esa percepción varía, al igual que las posibles reacciones, de acuerdo al “posicionamiento” (económico, cultural, social, de género, etc.) del que lo siente. De acuerdo con el estudio de Niño (Niño et al, 1998: 107-130) entre las reacciones posibles al miedo, aunque cabe la posibilidad de un estrategia de enfrentamiento y medidas como las de salir armado, o recurrir a seguridad privada, es claro que la tendencia que prima es la de tomar una estrategia que consiste en evitar las posibles situaciones, personas o lugares que puedan provocar miedo. Los promotores de la “limpieza social” buscan conseguir su aprobación y legitimidad, al usar el miedo vivido e imaginado por un gran sector de la sociedad y los estereotipos, que uno y otros comparten, sobre las identidades rechazadas.

Así pues, la principal consecuencia de este tipo de violencia para la formación de la mentalidad del ciudadano en Bogotá ha sido la formación de una cultura del miedo que prolonga en los imaginarios de los habitantes de la ciudad los efectos de la “limpieza social”. Dicha percepción de inseguridad y de miedo tiene como fuente la vivencia de la ciudad, pero por otro lado “la imagen construida a partir del relato, la que pasa de boca en boca, la que se hereda, y la que se consume a través de medios masivos de comunicación” (Niño, 1998: 77). En tal medida pueden entenderse las dinámicas de miedo desplegadas por las organizaciones paramilitares en sus localidades de dominio: los rumores expresados con la figura de “un camioncito de noche que se

¹⁹ “El reciclaje para”, en Cambio, 12 al 18 de junio de 2006, pp. 20-26.

lleva a los muchachos”; los enfrentamientos armados: “para la policía estas balaceras son esporádicas. Para los habitantes ya se volvieron parte de su cotidianidad”²⁰; así como la proliferación de las denuncias de pequeños comerciantes por extorsiones de grupos de seguridad²¹

Esto implica la construcción vía prácticas y discursos de una subjetividad particular, que es aquella de los “indeseables”, escuadrones de la muerte que cumplen “operaciones de limpieza social” con el fin de “eliminar sujetos ‘socialmente indeseables’: homosexuales, prostitutas, proxenetas, narcotraficantes, drogadictos y sospechosos de haber cometido algún delito común” (Americas Watch, 1989). De esta construcción es que deriva el particular nombre de esta práctica paramilitar, se refiere a “limpiar” a la sociedad de la “basura” que tiene, se dirige entonces a aquellos individuos catalogados como “desechables”. El término “desechable” es usado para “referirse a algo que después de ser usado por una sola vez, debe ser desechado, tirado a la basura; algo que no sirve para nada y que por lo mismo nadie va a extrañar” (Ordoñez, 1996), sin embargo en Colombia ha tomado otro significado y ha sido dirigido a seres humanos.

Lo anterior, aunque desborda el objetivo de este trabajo, nos llama la atención sobre los procesos de reparación a víctimas del paramilitarismo que se han venido llevando y preguntarnos si las víctimas de este tipo de violencia paramilitar han sido o serán tomados en cuenta, dado las características propias de esta población. El que sean considerados prescindibles por algunos sectores de la sociedad y del Estado mismo; como su desarraigo territorial, familiar y social; y en algunas veces su difícil identificación; dificulta su visualización y toma en cuenta como parte de las víctimas ha reparar. Además, a esto se suma, el hecho de ser víctimas no directamente vinculadas con el conflicto armado, ni siquiera el objetivo central de esta práctica, ya que busca es obtener su efecto más fuerte en las personas externas que lo presencian, para lograr un control social en un determinado espacio; por lo que no podemos dejar de preguntarnos si han sido o serán vistos como muertos por las dinámicas del conflicto.

Conclusión

Las conceptualizaciones que del paramilitarismo se han hecho en el caso colombiano, ya lo tomen como instrumento, actor, o fenómeno sociopolítico se caracterizan por restringir su explicación al ámbito de la organización y producción de la violencia, dejando de lado sus impactos simbólicos y la forma como esa violencia consigue una aceptación, forzada o no. En suma, la forma como el ejercicio de la violencia contribuye a la reproducción de prácticas y discursos de toma de justicia por manos propias. Esto ha limitado tales conceptualizaciones a la hora de responder por las razones que explican la persistencia de fenómenos de violencia organizada como el paramilitarismo.

Reflexionando sobre el caso de Bogotá, este trabajo intentó identificar los aspectos que explican la reproducción del paramilitarismo, su incursión, persistencia y grados de legitimidad en el tiempo, más allá del ejercicio de la violencia. En la ciudad se encuentran problemáticas sociales, económicas, institucionales y culturales que preexistían a la incursión del paramilitarismo pero que luego de su llegada a la ciudad se imbricaron en su desarrollo. Principalmente, se

²⁰ “El miedo ronda en Cazucá”, en El Tiempo, 7 de marzo de 2004, p. 2-8.

²¹ “Quien Está Extorsionando”, en El Tiempo, Septiembre 5 de 2003

identificaron dinámicas de marginalización de poblaciones, que en parte se deben al déficit de planeación urbana producto de las situaciones de violencia del resto del país que han incidido en el poblamiento de la capital en sus zonas suburbanas. Si bien en muchas de estas zonas se presentan carencias de servicios (educación, salud, transporte, espacio público, seguridad, etc.) que el Estado no provee, la ausencia del Estado no es suficiente para explicar la instalación de grupos paramilitares. Máxime cuando el Estado ha desplegado la violencia paramilitar, en muchos casos bajo la modalidad de limpieza social. El paramilitarismo puede asentarse en estas zonas por acción u omisión de las autoridades estatales.

Simultáneamente en estas zonas se ha desarrollado tejido social o “comunidad”, representado en las asociaciones de ciudadanos que buscan satisfacer, de manera autogestionaria en muchos casos, las necesidades que el Estado no satisface. Sin embargo, tanto la ambigüedad –por no decir “debilidad”- del Estado como el nivel de organización de la sociedad civil pueden aprovechadas por los grupos paramilitares para conseguir el dominio del territorio, por vía de la suplantación del Estado en labores como la seguridad o por la vía de la cooptación violenta de las organizaciones sociales. En las zonas donde hace presencia el paramilitarismo también se presentan problemas de violencia urbana que son re-actualizadas por las organizaciones paramilitares que tratan de cooptar las redes criminales y las pandillas. Así mismo, las organizaciones paramilitares aprovechan los imaginarios de miedo e inseguridad en la ciudad y los re-actualizan en prácticas como la limpieza social en función de sus intereses.

Todo ello tuvo diversos impactos en la mentalidad del bogotano. El trabajo señaló someramente dos: la modificación en las percepciones de los pobladores de la ciudad en relación con el conflicto armado y las derivadas del despliegue de la violencia paramilitar en contextos sociales concretos. La percepción de los ciudadanos del conflicto armado colombiano ha variado, de una percepción de aislamiento que restringía el conflicto al campo, al espacio de lo rural, a una percepción que siente los brotes de violencia ahora en las ciudades, lo cual refuerza los imaginarios de miedo e inseguridad en la ciudad. Además, las organizaciones paramilitares ahondan en prácticas de violencia preexistentes en la ciudad como la limpieza social e instauran su dominio territorial apelando al imaginario del miedo. En suma, la influencia del paramilitarismo en los procesos de producción de ese discurso de justicia por manos propias es un factor que puede explicar la expansión y persistencia de este fenómeno.

Todo ello sugiere la necesidad de contemplar para la explicación de los fenómenos de violencia organizada la manera como esa violencia se reproduce en diversos contextos sociales y la manera como los impactos generados por esa violencia se insertan en los procesos de producción de los discursos y prácticas que regular las relaciones sociales. Los procesos de imposición de un orden local y del dominio territorial pasan necesariamente por procesos de producción de subjetividad, que como se ha visto en Bogotá con los imaginarios de miedo y la forma como estos son aprovechados por los paramilitares, son necesarios para la consecución de la legitimidad o la aceptación forzada.

Las acciones de violencia de las organizaciones paramilitares tienen un impacto en los procesos de producción de subjetividad que podría explicar su expansión y persistencia en el tiempo, pero que ha sido descuidado. El caso bogotano se muestra limitado para ahondar en la explicación de estos procesos, dado el carácter “transitorio” de la presencia paramilitar en la ciudad y dado que, como se ha intentado explicar, el paramilitarismo no consiguió construir un orden similar al que

ha logrado construir en otras regiones. En Bogotá la presencia paramilitar se produce en un momento de desagregación de las AUC y de transformación de sus estructuras hacia fenómenos de crimen organizado y prácticas mafiosas. Sin embargo, el estudio del caso bogotano también ha mostrado que hay una serie de elementos que se articulan al desarrollo del fenómeno paramilitar no siempre vinculados con el ejercicio de la violencia estrictamente.

El caso de Bogotá no permite identificar la manera como la producción de subjetividad ligada al ejercicio de la violencia paramilitar puede asegurar la persistencia y expansión del fenómeno. No obstante, muestra la relevancia que este aspecto puede tener en el estudio de casos de más largo aliento. El caso de Bogotá es *sui generis* en la medida en que el paramilitarismo además de persistir durante muy pocos años, no comportó las mismas características que tiene en otros lugares donde se ha insertado. En parte ello puede explicar la hibridación con otras formas de violencia como el crimen organizado, la mafia e incluso el pandillismo, así como el marcado recurso hacia las acciones violentas con impacto simbólico. No obstante, ello no es óbice para pasar por alto las dinámicas de producción de subjetividad en las que se inserta el fenómeno.

Referencias Bibliográficas

Americas Watch, 1989, *Informe sobre derechos humanos en Colombia*. Bogotá, Centro de Estudios Internacionales, Universidad de los Andes e Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional.

AA.VV, 1999, Bogotá, *Historia Común*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá.

Bolívar Ingrid, 2005, “Las AUC como una formación elitista: normalidad social, legítima defensa y producción de diferencias”, en *Controversia n° 185*, Bogotá, diciembre, pp. 50-88.

Blair Elsa, 2005, *Muertes Violentas. La teatralización del exceso*, Medellín, INER –Universidad de Antioquia.

Cano Ignacio, 2001, “Policía, paramilitares y escuadrones de la muerte en América Latina”, en Klaus Bodemer, Sabine Kurtenbach y Klaus Meschkat (Ed.), *Violencia y regulación de conflictos en América Latina*, Caracas, ADLAT-Heinrich Boell Stiftung-Nueva Sociedad, pp. 171-186.

Cubides Fernando, 1998, “De lo privado y de lo público en la violencia colombiana: Los paramilitares”, en Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (Ed.), *Las violencias inclusión creciente*, Bogotá, CES-Universidad Nacional de Colombia, pp. 66-91.

_____ 1999, “Los paramilitares y su estrategia”, en Malcom Deas y María Victoria Llorente (compiladores), *Reconocer la guerra para construir la paz*, Bogotá, Uniandes-CEREC-NORMA, pp. 151-199.

_____ 2005, “La economía de guerra paramilitar: una aproximación a sus fuentes de financiación”, en *Análisis político n° 53*, Bogotá, enero-marzo, pp. 77-87.

Duncan Gustavo, 2005, *Del campo a la ciudad en Colombia. La infiltración urbana de los señores de la guerra*, Bogotá, Documento CEDE 2005-2, enero.

_____ 2006, “Historia de una subordinación ¿Cómo los guerreros sometieron a los narcotraficantes”, en *Revista Foro* n° 57, marzo, pp. 42-57.

Franco Vilma Liliana, 2002, “El mercenarismo corporativo y la sociedad contrainsurgente”, en *Estudios políticos* n° 21, Medellín, julio-diciembre de 2002, pp. 54-82.

González Fernán, Ingrid Bolívar y Teófilo Vázquez, *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Bogotá, CINEP, 2002, pp. 59-75

García Durán Mauricio, 1992, *De la Uribe a Tlaxcala. Procesos de paz*, Bogotá, CINEP.

Garzón Juan Carlos, 2005, “La complejidad paramilitar: una aproximación estratégica”, en Alfredo Rangel (Ed.), *El poder paramilitar*, Bogotá, Fundación Seguridad y Democracia-Planeta, pp. 47-135.

Gutiérrez Francisco y Barón Mauricio, 2006, “Estado, control territorial paramilitar y orden político en Colombia. Notas para una economía política del paramilitarismo”, en Francisco Gutiérrez (Coordinador académico), María Emma Wills y Gonzalo Sánchez (Coordinadores editoriales), *Nuestra Guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Bogotá, IEPRI-Norma, 2006, pp.267-309.

Herzfeld, Michel. *Cultural Intimacy. Social poetics in the nation-state*. Routledge, Nueva York, Londres, 1997.

Kalyvas Stathis y Arjona Ana, 2005, “Paramilitarismo: una perspectiva teórica”, en Alfredo Rangel (Ed.), *El poder paramilitar*, Bogotá, Fundación Seguridad y Democracia- Planeta, pp. 25-45.

Ljodal Tron, 2002, “El concepto de lo paramilitar”, en Corporación Observatorio para la Paz, *Las verdaderas intenciones de los paramilitares*, Bogotá, Intermedio Editores, pp. 297-304.

Torres María Clara, 2004, “El surgimiento y apuntalamiento de grupos paramilitares”, en *Controversia* n° 183, Bogotá, diciembre de 2004, pp. 49-80.

Mateus Guerrero, Sandra, 1995, “*Limpieza Social*”. *La guerra contra la indigencia*. Bogotá: Ediciones Temas de Hoy, 1995.

Medina Gallego Carlos y Téllez Ardila Mireya, 1994, *La violencia parainstitucional, paramilitar y parapolicial en Colombia*, Bogotá, Rodríguez Quito Editores.

Medina Gallego Carlos, 1990. *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia*, Bogotá, Editorial Documentos Periodísticos.

Ministerio de Defensa Nacional, 2000, *Los grupos ilegales de autodefensa en Colombia*, Bogotá: Ministerio de Defensa.

Moreno Ricardo, 2000, “Formas comunitarias de tratamiento y de solución”, en Cifuentes Lujan Nelson (ed) *Justicia y Conflicto urbano en Colombia*, Bogotá, CENASEL.

Niño, Murcia, Soledad; Lugo Torres, Nelson y Rozo Montejó, César, 1998, *Territorios del Miedo en Santafé de Bogotá. Imaginarios de los ciudadanos*. Bogotá: Observatorio de Cultura Urbana y Tercer Mundo Editores.

Ordoñez, J. P., 1996, “Limpieza Social”, derechos humanos y orientación sexual en Colombia”, *Cuadernos África y América Latina. Serie de documentos. No. 3. Enero de 1996*, Bogotá, SODEPAZ.

Palacio Germán y Rojas Fernando, 1990, “Empresarios de la cocaína, parainstitucionalidad y flexibilidad del régimen político colombiano”, en Germán Palacio (Compilador), *La irrupción del paraestado. Ensayos sobre la crisis colombiana*, Bogotá, ILSA-CEREC, pp. 69-104.

Patiño, Otty y Jiménez Alvaro, 2002 (compiladores) *Las verdaderas intenciones de los paramilitares* Bogotá: Corporación Observatorio para la paz- Intermedio.

Pécaut Daniel, 2003, *Midiendo fuerzas. Balance del primer año de gobierno de Alvaro Uribe Vélez*, Bogotá, Planeta, 2003.

Perea Carlos Mario, 2006, “Comunidad y resistencia. Poder en lo local urbano”, en *Colombia Internacional* No 63, pp. 148-171.

Pérez Salazar, Bernardo, 2006, “Los grupos paramilitares en Bogotá y Cundinamarca, 1997-2005”. En: *Desafíos*. Bogotá: Universidad del Rosario.

Pinzón Ochoa, Nelson M., 2007, “Los jóvenes de “La Loma”: Altos de Cazucá y el paramilitarismo en la periferia de Bogotá”, *Maguaré. No. 21.*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Rangel Alfredo, 2005, “¿Adónde van los paramilitares?”, en Alfredo Rangel (Ed.), *El poder paramilitar*, Bogotá, Fundación Seguridad y Democracia- Planeta, 2005, pp. 11-23.

Ramos Leandro, 2004, *Características, dinámicas y condiciones de emergencia de las pandillas en Bogotá*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá- Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

Reyes Alejandro, 1997, “La compra de tierras por narcotraficantes”, en *Drogas ilícitas en Colombia*, Bogotá, Ministerio de Justicia-PNUD-Planeta.

Richani Nazih, 2003, “Los paramilitares, el crimen organizado y la dinámica de la guerra”, en *Sistemas de guerra. La economía política del conflicto en Colombia*, Bogotá, IEPRI-Planeta, pp.153-210.

Rojas Rojas, Carlos Eduardo, 1998, *Conflictos morales y derechos humanos en Colombia una mirada desde la limpieza social*. Santafe de Bogotá. 185 h. Tesis (Maestría en Filosofía) -- Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Posgrado en Filosofía.

Rojas Rojas, Carlos Eduardo, 1996, *La violencia llamada limpieza social*. 2ª. ed. Bogotá: CINEP.

Romero Mauricio, 2003. *Paramilitares y autodefensas 1982-2003*, Bogotá, IEPRI-Planeta.

Romero Silva Marco Alberto, *Tendencias del conflicto armado e iniciativas de paz*, Bogotá, ESAP, 1998.

Salazar Alonso, 2002, “La Violencia Juvenil en el Contexto Urbano” en Martha Nubia Bello y Sandra Ruiz Ceballos (eds) *Conflicto Armado, Niñez y Juventud. Una perspectiva psicosocial*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Sánchez Gómez Gonzalo, 2004, “Guerra prolongada y negociaciones inciertas en Colombia”, en Lair Eric y Sánchez Gonzalo (eds) *Violencias y estrategias colectivas en la región andina*, Bogotá, Norma-IFEA-IEPRI.

Torres María Clara, 2004, “El surgimiento y apuntalamiento de grupos paramilitares”, en *Controversia n° 183*, Bogotá, diciembre de 2004.

Uprimny Rodrigo y Vargas Alfredo, 1990, “La palabra y la sangre: Violencia, legalidad y guerra sucia en Colombia”, en Germán Palacio (Compilador), *La irrupción del paraestado. Ensayos sobre la crisis colombiana*, Bogotá, ILSA-CEREC, pp. 105-166.